

## Óxido digital de Rodrigo Etem

Una falla en el sistema. Un desfase entre lo que se enuncia y lo que se desea. Una ruptura en la superficie del mapa por la que brota lo no dicho, pero se expresa. En ciertas estructuras de la mente, se habla del subconsciente. Lo que está debajo de la consciencia. ¿Tienen conciencia las máquinas? ¿Tienen alma los humanos? Por fuera de la fe, desconozco. Por dentro del lenguaje, puedo nombrarlo. Eso sí compartimos: el lenguaje. Una manera de codificar el universo, de abarcarlo con una manta que aparenta cubrir. Hasta la filtración. Entonces las grietas, la filtración, el error, el *lapsus linguae*.

Hay mecanismos que permiten decir que el lenguaje es un software. Este texto sin dudas quedará obsoleto antes de que inaugure la muestra. Mientras tipeo, se ha popularizado el uso de inteligencias artificiales. No son necesariamente certeras, pero sí elocuentes. Son capaces de expresar articuladamente textos inverosímiles. Se ha dado en llamar a este fenómeno alucinaciones. De la inteligencia artificial. Del software *linguae*.

Si digo lo que quiero a través de lo que no quiero, entonces, ¿qué quiere un aparato? A través de los pliegues de la manta, Etem intenta mostrarnos algo que está más allá de lo evidente, como la espada del augurio. Byung-Chul Han habla de la sociedad de la transparencia para definir la realidad que se construye sobre lo sensorial. Que las imágenes liberadas de toda dramaturgia, se vuelven pornográficas. El infierno de lo igual, sigue Byung.

Borges cuenta de una ciudad cuyos cartógrafos eran tan avezados que el mapa de cada provincia tenía el tamaño del territorio. Eventualmente, el mapa del imperio cubría todo el imperio. Una capa de lenguaje sobre otra capa de lenguaje. Aún así, ni siquiera Google Street View es suficiente para que el mapa se vuelva el territorio. La literalidad traída al alcance de la pantalla cada tanto se fisura. Las superposiciones engañan. En el infierno de lo igual, Etem descubre lo distinto. Pliegues que no cierran por los que invita a entrar a la ruptura del código.

Cada tanto, aparecen puntos que acumulan toda la densidad significativa, pero no tienen significado. La obra en su conjunto es una gran marca roja, pero solo muestra el ingreso. Lo que hay después, deberemos recodificarlo para comprenderlo. Y esa marca se magnifica, aumenta, se construye a sí misma como una serpiente que muerde su cola.

Una de las claves del arte es hacer bello lo monstruoso y viceversa. Pienso en Goya, pero en su título más que en sus grabados: el sueño de la razón engendra monstruos. Hay vida en medio del *glitch*, ahora gigante, ahora todo. Oculto en el paisaje, aparece otro mapa cuya puerta de ingreso es un *lapsus* digital.

Para colmo, el montaje se realiza sobre lo brutal. Piezas deformes que pertenecieron a otro mundo, con otra funcionalidad. «Los bichos», me dice Etem cuando me los muestra desnudos. Porque sobre la arqueología de lo virtual, existe un trabajo paralelo sobre la arqueología de lo real. Aparatos promocionales cargados de mercancías, ahora arrumbados. Vuelvo a Byung, que dice «las cosas se tornan transparentes cuando se despojan de su singularidad y se expresan completamente en la dimensión del precio».

Si hubiera que escapar a las superficies transparentes, quizás debamos usar las mismas herramientas que queremos abandonar. En la era de la información, se trata de resignificar lo dado. Bienvenidos, entonces, a la fenomenología del error.

Javier Piccolo

CRUDO. Rosario, 2023.